



DE ARTE



LA ESENCIA DE LA PINTURA DE JESÚS INFANTE. A MODO DE HOMENAJE

IGNACIO GIL-DÍEZ USANDIZAGA

FOTOGRAFÍAS DE JESÚS R. ROCANDIO

Va a ser difícil olvidar al pintor Jesús Infante (1926-2016). Su presencia, siempre acompañado de su mujer, era habitual en la mayor parte de las exposiciones, conferencias, conciertos y otros actos culturales de la ciudad de Logroño. No solía faltar nunca, yo siempre procuraba saludarles y cruzar algunas palabras con ambos. Con su muerte se produce la desaparición del último artista riojano perteneciente a la generación de aquellos que se dieron a conocer en los años de la posguerra.

Es sabido que Jesús Infante no empezó su actividad artística dedicándose a la pintura sino a la escultura. Efectivamente, la formación de Infante se produjo en la Escuela de Artes y Oficios de Logroño con Agustín Ballester Besalduch (1900-1976). Este escultor castellanense se había formado en Valencia con Antoni Ballester y en Madrid con Mateo Inurria, recalando en la escuela logroñesa en la segunda mitad de los años cuarenta.

Varios trabajos de Infante como escultor se publicaron en esta revista *Codal*. Los números 24, 27, 36, 37, 47 y 65 editaron varias fotos de obras en piedra, terracota y barro realizadas entre 1954 y 1965 por nuestro pintor, en su mayoría



DE ARTE

IGNACIO GIL DÍEZ USANDIZAGA / FOTOGRAFÍAS: JESÚS R. RUCANDIO



Robles y hayedos en otoño. 1971.

Acuarela. 70x100.

Fotografía Jesús Rocandio.



Campos de Salamanca. 1973.

Acuarela. 70x100.

Fotografía Jesús Rocandio.

retratos. La escultura de Sagasta, que preside una de las esquinas más bellas de la capital riojana, fue recolocada en ese espacio público en 1976 con una cabeza modelada por Jesús Infante. Parece que tras la Guerra Civil algunos consideraron la figura de Don Práxedes demasiado peligrosa y decidieron rebanarle el pescuezo de bronce. Así la imagen original, obra del escultor catalán Pablo Gibert Roch (1853-1914) realizada en 1890, perdió para siempre su primera cabeza siendo, esta segunda, obra de Infante.

Ciertamente, Infante no era en sus inicios un artista profesional. Alternó su trabajo como Perito Mercantil en varias empresas con el interés y la afición por el arte. Una afición que le llevó a ir probando distintas técnicas pictóricas. En 1957 formó parte del Grupo Revellín. Este grupo estaba formado por los pintores Enrique Blanco Lac (1914-1994), Tomás del Santo Jiménez (1926-2014) y Vicente Gallego Martínez (1934-2008). No se me escapa que, aunque Jesús siguiese esculpiendo, la relación con estos artistas tuvo que contribuir a que, progresivamente, se fuera decantando por la pintura y finalmente, por la acuarela. Sobre todo, si tenemos en cuenta la amistad que en esos años compartió con Tomás del Santo. De hecho, ya en 1959 realiza su primera exposición de acuarelas en Logroño.

Antes de seguir hablando de la obra de Infante me gustaría insistir en el interés que siempre tuvo este pintor por la vida cultural y artística de su ciudad. Su colaboración con el Grupo Revellín (1958-1963) no fue, en este sentido, una anécdota. Más adelante en 1968 se integrará en el Grupo 8 (1968-1970) que estaba compuesto por Miguel Soriano (1916-2000), Vicente Gallego, de nuevo, Emilio García Moreda (1934-1983), Alejandro Narvaiza (1940), Félix Reyes (1941), Miguel Ángel Roperó (1940), Carmen de Pablo, contando posteriormente con las incorporaciones de Ángel Esteban Maturén (1949-2005) y Eslava Urra (1936).

Estos grupos buscaban el apoyo mutuo entre artistas en un entorno poco favorable, el de la actividad artística en la provincia, pero además difundían y divulgaban el arte, el suyo y el de otros mediante exposiciones y conferencias.



Campos de Andalucía. 1973.

Acuarela. 70x100.

Fotografía Jesús Rocandio.



Si queremos buscar el arranque de la actividad profesional de Jesús Infante como pintor, parece que tenemos que situarla a finales de la década de los años sesenta del siglo pasado. Entonces, en plena madurez vital, Infante decide dedicarse, como acuarelista, sólo a la pintura. Este paso, que tuvo que estar acompañado de dudas y temores, le llevará a disfrutar en los años siguientes de un intenso trabajo pero también del éxito. Lo cierto es que tras aquella primera exposición de finales de los años cincuenta, Jesús Infante había vuelto a exponer en solitario en 1967, 1968 y 1969. A partir de esta fecha lo seguirá haciendo, pero buscará su proyección artística y comercial fuera de Logroño en Pamplona, Vitoria, Zaragoza, Soria, Huesca, Madrid, San Sebastián, Valladolid, Bilbao y un largo etcétera de ciudades españolas. Además, en la recién inaugurada década de los años setenta, empezará a salir con su obra fuera de España, a Suiza, Suecia y, sobre todo, Alemania.

La década de los años setenta y la siguiente, la de los ochenta, consagrarán a Infante entre los acuarelistas más destacados del país. Los premios que conseguirá entre 1973 y 1989 así lo demuestran. Bien es cierto que alcanzará estos galardones en certámenes donde se valorará tanto su dominio de la acuarela como sus logros en el seno de una pintura tradicional.

Es verdad, Infante se mantuvo siempre fiel a la pintura figurativa. Trabajó de forma mayoritaria el género paisajístico, elaborando vistas, en su mayor parte vinculadas a la realidad. Construyó sus imágenes en concordancia con la perspectiva establecida por esa tradición. Pese a ello, no dudó en hacer vibrar a la superficie pintada con toques geniales de color. Cito al color porque Jesús a menudo hablaba del dibujo como el soporte de toda obra plástica, aunque el concibiera su mejor pintura mediante una sutil superposición de manchas cromáticas.

También en lo que se refiere a la técnica de la acuarela Infante fue fiel. Fiel a emplear el blanco del papel como único fondo, como principal fuente de luminosidad de sus paisajes, a construir las imágenes sólo con esa agua coloreada, sin utilizar otros medios que afirmasen líneas o volúmenes.



Primeras nieves. 1973.
Acuarela. 70x100.
Fotografía Jesús Rocandio.

La técnica de la acuarela no es sencilla, requiere mucha habilidad y limpieza, su acuosidad es difícil de controlar. Los colores son tan tenues que pueden escaparse o cuajarse en forma de cromos sin interés. Como cualquier otra técnica artística también posee su propia “cocina”: trucos que permiten que el resultado final sea el deseado. Desde un punto de vista expresivo, ha sido considerada un medio ideal para reflejar la inmediatez y la caducidad. Para captar lo transitorio y a la vez para adecuarse a una sensación fresca y espontánea, una espontaneidad siempre controlada, pese a su aspecto casi transparente.

Jesús Infante trazó con sus pinceles innumerables acuarelas recogiendo, sobre todo, como he señalado, paisajes, “vistas” de muy diverso tipo. Personalmente, de este inmenso trabajo presentado año tras año ante el público, destacaría algunas de sus obras de los años setenta.

La mayor parte de ellas componen imágenes de campos con arboledas. La organización formal está dominada por líneas horizontales que se entrecruzan, confluyendo a veces en sutiles diagonales. Las manchas que representan tierras y vegetales ocupan casi toda la superficie del papel, sin apenas dejar espacio a los celajes que se presentan en una mínima franja superior.

Las manchas están trazadas con una apariencia sencilla, definidas por su contraste cromático con otras que les acompañan o circundan. Es en esta suave vibración, contrapuesta con espacios de papel blanco, donde estas acuarelas alcanzan la maestría. Siempre he considerado que es en la sencillez donde habita la dificultad creativa y se manifiesta la autenticidad de un artista.

Estas acuarelas encierran el poder evocador que la naturaleza puede trasladar a la pintura. Una sensación que, trascendiendo la soledad de su primer receptor, se transforma en signo pictórico. Un nuevo espacio donde conviven las sensaciones de todos sus espectadores, una imagen que cada uno de ellos revive y recrea a partir de los estímulos aportados por el pintor. Un “recuerdo” de la realidad, pero también una propuesta autónoma que potencia asociaciones más allá de ella.



En Andalucía. 1975.
Acuarela. 70x100.
Fotografía Jesús Rocandio.



DE ARTE

IGNACIO GIL DÍEZ USANDIZAGA / FOTOGRAFÍAS: JESÚS R. RUCANDIO

Es difícil hoy poder ver la obra de este pintor que fue el mejor acuarelista de su tierra natal y uno de los más destacados de todo el país. Sus obras están dispersas en colecciones de los que fueron sus admiradores. Lo poco que se conserva en las colecciones públicas en relación a lo mucho que puede verse fuera de ellas, refleja, sin embargo, esa necesidad que Infante mostró de dejarse atrapar por la pintura para que nosotros nos perdamos también en ella. En su finalidad sin fin.



Campos. 1976.
Acuarela. 70x100.
Fotografía Jesús Rocandio.

